

## Testimonios

Los testimonios han sido tomados del libro “*Sus nombres y sus rostros*”, *Album recordatorio de las víctimas del atentado del 18 de julio de 1994 (AMIA; Buenos Aires, julio de 1995)*. Todos ellos encierran profundos sentimientos y una enorme riqueza. Sin embargo se han tomado solamente tres: el de un niño, un joven y un adulto. Para indagar más sobre la vida y el testimonio de las víctimas se recomienda la lectura del libro mencionado.

**SEBASTIÁN BARREIRO**, 5 años, pasaba por la puerta de la AMIA de la mano de su mamá en el momento en que estalló la bomba.

### Los sueños del jardín

“Sebastián tenía tres años cuando le dijo a su maestra que, de grande, iba a ser presidente. La maestra le preguntó por qué. “Para pagarle mucha plata a los jubilados”, contestó. Desde muy chico se plantaba y decía qué le gustaba hacer y qué no. Para las fiestas patrias aceptaba que lo disfrazaran pero no que lo pintaran (sólo una vez dejó que le dibujaran bigotes); se negaba a ser abanderado porque le daba vergüenza y únicamente se vestía si él elegía la ropa. “Yo así ridículo a la calle no voy a salir”, argumentaba si no le conformaba el vestuario. Era un nene grande.

Muy charlatán, nunca dejaba de decir lo que pensaba. Tanto, que sus padres sufrían cada vez que abría la boca. “Una vez estaba en un almacén y una amiga de mi mamá se le acercó y le dijo: ‘che, pibe’ . Se lo repitió varias veces y él no le contestaba hasta que en un momento se dio vuelta y la encaró: ‘Por qué me decís che pibe. Yo me llamo Sebastián. ¿A vos te gustaría que te digan ‘che, vieja?’”.

Cuando le preguntaban cuántos hermanos tenía siempre respondía que dos: Lara, de diez meses y Pamela, la perra. Sebastián quería mucho a los animales (últimamente reclamaba los conejitos de india que una tía abuela le había prometido). Y también a Lara. Iba con ella por la calle preguntándole a los vecinos: “¿No es hermosa mi hermanita?”.

La perra, la bicicleta y su tortuga ninja eran tres cosas que nadie le podía tocar. Como a cualquier chico, le gustaba también jugar a la pelota y que le contaran cuentos. Sebastián tenía dos amigos muy amigos del jardín . Martín y Luisito, su hermano postizo-, otro compinche del barrio –Ariel, un nene más grande , al que admiraba- y una novia, Julieta. “A ella el año pasado la cambiaron de jardín pero se encontraban en los cumpleaños. Una de las veces, Sebi me llama y me dice: ‘Mamá, yo no sé si soy el novio todavía’. ‘Andá a preguntarle’, le digo yo. Cuando vuelve me cuenta que no se animó. ‘Pero cuando la vea otra vez le voy a preguntar –agrega- porque me parece que seguimos siendo novios; estuvimos todo el cumpleaños juntos”.

Sebastián estaba por terminar el jardín. Iba a pasar a primer grado. Por eso, aunque él no ya no estaba, en la fiestita de colación prepararon un diploma y, junto con los de sus compañeros, largaron al aire un globo con su nombre. Para que no faltara.

(El testimonio lo dio su mamá, Rosa)

## INGRID FINKELCHSTEIN, 18 años, esperaba en la Bolsa de Trabajo de la AMIA.

### Una carta empezada

Tenía 18 años y su vida estaba dedicada al grupo musical Durán Durán. Era introvertida y vivía para ese grupo neorromántico de rock; no hacía más que escucharlo. Tenía una caja entera de cassettes, de fotos, de posters, de recortes de diarios y revistas acerca de él. Era suficiente que lo nombrasen para que recordase la frase o simplemente el nombre del grupo: Había armado un cuaderno con recortes pegados y algunos dibujos. Ocuparse de ese grupo era lo único que la hacía feliz; no había nada más para ella, ni escuela, ni amigos.

Tenía una amiga, una sola amiga, su amiga íntima, la pelirroja Carla. Carla Josch. Esa mañana trágica Carla estaba con ella y murió con ella, igual que Leonor, la mamá de Ingrid, y que Analía, la hermana de Carla. Las cuatro juntas, Ingrid, Leonor, Carla y Analía, estaban esperando que las atendieran en la Bolsa de Trabajo de la AMIA.

(Testimonio de Jessica Finkechtein, hermana de Ingrid)

## NAON BERNARDO MIROCHNIK (BUBY), 62 años, trabajaba como mozo en la AMIA.

### Salud, Buby

A Naón Bernardo Mirochnik le decían Buby. "Todo el mundo lo conoce así. Hablo en presente porque las personas que amamos no se terminan de ir nunca de este mundo; siempre están".

Era un hombre que estaba habitualmente de buen humor. Casi no se enojaba y era muy difícil que algo lo irritara. Ni siquiera se molestó el día que llegó a la casa de su hija vestido con uno de sus mejores trajes –uno elegante, de color clarito- y sus nietos lo tomaron, lo tiraron sobre la cama y comenzaron a saltarle encima. No sabía enojarse. Al contrario, disfrutaba al jugar con ellos.

Su pasión era la música, sobre todo el tango. Cuando su hija era chica la sentaba en sus rodillas y le enseñaba a cantar tangos. Sin embargo podía disfrutar tanto de esa música como de una canción de Julio Iglesias, del Bolero de Ravel o de una lambada. Se la pasaba silbando, cantando, bailando. "Siempre decía que si alguien lo filmara en su casa pensaría que estaba loco porque mientras barría, con la música puesta, se ponía a bailar con la escoba o el escobillón. Hacía dos o tres pasitos y seguía".

Una que otra vez se lo veía triste o con bronca. Pero los malos momentos duraban poquito, el ratito que necesitaba para darlos vuelta y encararlos con mirada positiva. Entonces, se servía un vaso de vino, lo chocaba contra la botella y decía: "Salud, Buby". En cuanto tomaba el primero sorbo y encendía un cigarrillo, ya todos sabían que la tormenta había pasado. "Durante esa semana tan trágica del 18, con mi hermano, cada vez que nos bajoneábamos nos hacíamos un chiste. Los dos sabíamos que Buby hubiera querido que nos tomáramos esos momentos así, con esa filosofía, con esa altura. El siempre le daba ánimo a todo el mundo".

Acorde con su profesión de mozo, a Buby le gustaba la buena mesa. Cocinaba muy bien y preparaba hermosos platos fríos decorados. "Cuidaba hasta el mínimo detalle. Por ejemplo, en cada sitio donde iba a sentarse una mujer, ponía un clavel. El primer ramo de flores que tuve me lo regaló mi papá cuando yo tenía quince años. Un día, mientras yo estaba preparando un vermut, mi hermano Omar agarró un pedacito de queso y me lo puso en la boca. A mí me emocionó. Le dije: 'sos digno hijo de Buby'. Porque papá siempre tenía esa costumbre, fijarse que a los demás no les faltara nada y, si era necesario, servírselo en la boca".

(Testimonio de Omar, Inés y Patricia Mirochnik, sus hijos, y Julia, su compañera)